

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 26

BUSCANDO LA REVANCHA

15 cts.



... obedeciendo su conminación todos pusieron las manos en alto.

BUSCANDO LA REVANCHA

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Cinæ», Vía Layetana, 53. - Barcelona)

N o hay nada más hermoso en esta vida que jugar y ganar! Comparada con esta sensación de placer, todas las demás son insignificantes y despreciables. Por eso un jugador de pura sangre desprecia cuantos goces le brindan si ha de renunciar a su pasión favorita, o sea el juego. Y jugando se le olvidan todas las penas, todos los dolores, todos los agobios y descuida todos sus deberes.

»Ni esto—añadió levantando un vaso en lo alto casi lleno de *whisky*, el individuo que acababa de pronunciar las anteriores palabras—con sus enardecedores vapores, con la desenfadada alegría que produce, con el olvido y el alivio que proporciona, encadena al hombre aficionado a gustarlo con un yugo tan completo y absoluto como las cuarenta y ocho hojas de ese libro maravilloso y brujo que se llama la baraja...

»¡Ni la mujer tampoco, a pesar de sus seductores encantos, de su avasalladora atracción ejerce en el hombre un poder tan dominador y absoluto como el juego!...

»Y ahora, amigos, os invito a tomar parte en la partida... ¡Yo tallo quinientos dólares!

Esta invitación fué acogida con visible complacencia por los numerosos parroquianos que, sentados a las mesas, llenaban el único *bar* de Dodge Reg, un pueblecillo del Oeste, de casuchas bajas construídas de adobes, por el cual cruzaba un ancho y polvoriento camino.

Casi todos ellos eran jóvenes y fornidos y pertenecían a esa humilde y laboriosa clase social conocida con el nombre de *cow-boys*, y que en América, su propio país, se les suele llamar también *lanudos*, aludiendo a los rebaños de carneros que abundan en la extensa comarca de que son naturales.

Pero el hombre que había pronunciado sobre el juego tan breve pero ardoroso elogio, no era un *cow-boy* ni iba vestido como tal.

Sus manos finas y bien cuidadas denotaban no haberse empleado en trabajos rudos.

Llamábase Spencer y no habitaba en la pintoresca y pequeña población que hemos mencionado.

Sus últimas palabras acompañólas con la acción de ponerse en pie, encaminándose hacia una gran mesa tapizada en el centro con pañete verde.

Llegado a ella, sacó de su bolsi-

llo un abultado fajo de billetes de Banco, que asaetaron veinte pares de ojos con fulgores de avaricia.

Luego dejó sobre la mesa una parte de ellos, sentóse y comenzó a barajar los naipes con una agilidad y una destreza reveladora de ser en aquella odiosa tarea un experto profesional, un jugador de oficio.

La concurrencia se apresuró a tomar asiento alrededor de la mesa y comenzó la partida con un silencio y una ceremonia rituales.

Media hora después el caudal de los jugadores había sufrido una mengua tan crecida que apenas si en el bolsillo de alguno de ellos quedaban unos escasos dólares.

En cambio, sobre la mesa, delante del tallador Spencer, se veía una cantidad que la suerte iba acrecentando en cada jugada.

De las bocas de aquella asamblea de insensatos viciosos salían con frecuencia sordas blasfemias e imprecaciones. Todas las miradas chispeaban de cólera y de codicia, según se detuviesen en el hombre que les iba ganando el dinero, fruto de un extenuador y largo trabajo, o en los billetes y las monedas que sobre la mesa había.

El más perdidioso de todos era un *cow-boy* de sombría y rígida fisonomía, de unos veinticinco años de edad y de robusta y bien proporcionada figura. Llamábase Moore.

Cuando el azar le arrebató el último dólar se puso en pie y quedóse mirando al banquero Spencer de una manera penetrante y agresiva.

—¿Por qué me miras de ese modo, compadre?—preguntóle el afortunado tallador.

—Te contestaría de un modo mucho peor si supiera que las sospe-

chas que cruzan por mi cabeza son ciertas...—replicó Moore con acento glacial.

—¡No sé qué quieres decir, ni lo barrunto! ¿Qué significan tus palabras? ¿Qué quieres dar a entender con ellas? ¿De qué índole son tus sospechas?

—Sospecho que... no has jugado limpio...

Un murmullo de estupor y de cólera salió de veinte gargantas a la vez.

Spencer lanzó una imprecación y seguidamente aulló:

—Ningún hombre nacido de mujer puede dirigirme a mí ese reproche tan deshonesto sin que se arrepienta...

—¡Paz y serenidad, amigos! —intervino en aquel momento el dueño del *bar*—. ¡Mi casa es la más honrada del mundo, y en ella nadie se atreverá nunca a hacer trampas desvalijando a mis clientes!...

»¡Porque quien cometiera esa felonía, yo os juro por lo más respetable que para mí existe en el mundo, que no saldría de este aposento por su propio pie!...

Estas palabras, pronunciadas con un acento verdaderamente feroz no dejaron de surtir el efecto que se había propuesto conseguir su autor.

Como las creyeron sinceras, apaciguáronse como por ensalmo los acalorados ánimos de los jugadores, resignándose con la pérdida que acababan de sufrir, creyéndola debida a su mala suerte y no a la habilidad y a la destreza de un fullero.

El astuto y embaucador cafetero añadió a continuación:

—Y de hoy en adelante, en mi *bar* queda absolutamente prohibido el juego... Quien venga a él en-



Ella disipaba todas sus preocupaciones...

contrará mi amistad y las bebidas que haya, tanto si tiene dinero como si no lo tiene...

»Pero no perderá un solo centavo jugando... ¡Y nada más, amigos!

En tanto, el tramposo Spencer, auxiliado por uno de sus dos ayudantes, había recogido el dinero, haciéndolo desaparecer en sus bolsillos.

El *cow-boy* Moore continuaba en pie, inmóvil y sombrío, sintiendo fijas sobre él todas las miradas.

—¿Qué irá a hacer? ¿Qué irá a decir?—se preguntaban cuantos parroquianos había en el establecimiento.

No tuvieron que esperar mucho rato para saberlo, porque el adus-

to y fornido *cow-boy*, meneando la erguida cabeza de una manera muy significativa, declaró:

—¡Cualquier cosa daría yo para saber de veras a qué atenerme! Para saber, por ejemplo, si las palabras que has dicho son sinceras y ciertas, o, por el contrario, astutas y pérfidas... y, por lo tanto, para convencerme de que aquí no se me ha ganado el dinero porque la suerte me ha vuelto la espalda, sino por las trampas que ese sujeto—y señaló al tallador Spencer—sabe hacer con tanta maestría...

»Porque en este último caso, yo tomaría en seguida el debido desquite... y a ese hombre, a ese afortunado jugador, no le quedarían ganas de repetir su destreza en el

manejo de los naipes en lo que le restase de vida.

Siguió a esta amenazadora declaración un confuso murmullo.

El aludido, o sea Spencer, que era un jaquetón sin un adarme de valor, sintiendo fijas en él todas las miradas, creyóse obligado a contestar de una manera adecuada, y haciendo ademanes y gestos de perdonavidas y ahuecando la voz, comenzó a decir:

—¡Difícil te sería hacer lo que dices, porque siempre la lengua suele ser más larga y poderosa que el brazo! ¡Soy más duro de lo que tú imaginas y los que me conocen bien, lo saben! ¡Pero no quiero tomar muy a pecho tus amenazas, porque te hace hablar el despecho y la rabia que siente todo el que juega y pierde! Sin embargo, quiero demostrarte que soy muy distinto de como tú me crees, y pongo a tu disposición el dinero que te he ganado, no recurriendo a las trampas, sino porque así lo ha querido mi buena estrella...

»¿Qué necesitas?

—¡Nada!—respondió Moore cuyo enojo había sido aplacado por el rasgo del astuto fullero.

Y añadió a continuación:

—En el sitio donde pienso ir no hace falta dinero...



... no le cupo otro remedio que obedecer.

—¡Te lo ofrezco con toda la buena voluntad del mundo!—insistió Spencer, gozoso en su interior de no agravar la situación en que se hallaba con un desafío con aquel altivo y fuerte hijo del desierto.

—Repito—declaró éste—que nada necesito... Soy un hombre perseguido por la ley y esta misma noche he de ponerme fuera del alcance de sus poderosos tentáculos... jugándome el todo por el todo...

Varios *cow-boys*, en quienes la gallardía y bravura de Jim Moore suscitara una intensa simpatía, apresuráronse a brindarle su amistad y su ayuda, pero Moore no aceptó ni una cosa ni otra.

II

Aquella misma noche, nuestro *cow-boy* se hallaba a docenas de millas del sitio donde lo hemos conocido, en un abrupto y solitario paraje. En el silencio de la noche llegaban a sus oídos los lúgubres

aullidos de los coyotes y los pumas, mezclados con furiosos ladridos de perros que olfateaban la vecindad de aquellos temibles enemigos.

Esta circunstancia hizo pensar a nuestro solitario viajero que la ca-

sualidad lo habría llevado a algún lugar habitado por seres humanos, que no le era posible distinguir en las densas tinieblas que lo rodeaban.

Pero, viendo brillar como una estrella cierta luz, encaminó hacia ella sus pasos con una alegría parecida a la que sin duda experimenta el navegante en proceloso mar diviso un faro salvador.

Por lo menos en el refugio que le brindarían los habitantes de aquella morada, hallaría su fatigado cuerpo un reposo reconfortante.

Animado por esta esperanza, apresuró el paso, sobreponiéndose a la fatiga, y al cabo de una media hora de marcha se hallaba en el umbral de una vivienda, más propia de un ermitaño que de un hombre habituado a las comodidades y los gustos propios del mundo civilizado...

Queremos decir que el asombro de Jim Moore corrió parejas con la interior alegría al convencerse, unos momentos después, que el destino le había deparado la hospitalidad y la compañía de un misántropo, de un solitario, de un ser humano, en una palabra, que hastiado de la sociedad, habíase refugiado en aquel alejado y solitario paraje con el propósito de vivir en él hasta que Dios lo llamara a su seno.

Una vez le hubo franqueado la entrada, hecha con fuertes y recios troncos de árboles, el solitario, que era un hombre de elevada estatura y fisonomía severa y autoritaria, encuadrada en unas luengas barbas que la escarcha de los años moteaba de hebras de plata, le dijo:

—Entre usted a mi humilde huionera, y en ella compartirá conmigo los sencillos y frugales man-

jares que puedo brindaros si sentís apetito...

—Más que alimento, lo que necesita mi organismo es reposo...

—También puedo brindaros un lecho donde descansar...

Jim Moore penetró, precedido de su huésped, en un amplio aposento. En el hogar chisporroteaban unas astillas de pino, esparciendo un grato calor.

Junto al fuego había unos asientos de madera, y el misántropo tomando asiento en uno de ellos indicó a nuestro *cow-boy* que lo imitase...

—Es preciso que sepa usted quién soy y por qué he llamado a la puerta de esta rústica morada...

—¡Yo nada le pregunto y nada quiero saber! Es usted un semejante que, por circunstancias que no anhelo conocer, se ha visto obligado a viajar al través de la noche, quizás como quien huye...

—¡Exactamente!—corroboró Jim Moore con noble franqueza—. Para no caer en manos de la justicia y sufrir el duro castigo que impondría a un delito cometido... he dado con mis huesos en esta vivienda...

»¿Quiere usted saber de qué soy culpable ante la ley de los hombres, pero no ante mi conciencia?

El extraño y generoso morador hizo con la blanca cabeza varios gestos denegatorios, pero el sombrío *cow-boy* añadió:

—Me proporcionará cierto alivio moral referiros los hechos que me han puesto en el duro trance de huir de la sociedad de los hombres honrados y alejarme de mi país como un vagabundo, como un paria, como un malhechor.

»Haré breve y sucintamente mi relato, y después de oírlo podrá us-

ted dictar su sentencia, o emitir su opinión o concederme la merced de un consejo...

Algo intrigado, su interlocutor dijo:

—¡Con estas condiciones acepto su confesión!

—Me llamo Jim Moore y hasta hace tan sólo doce horas prestaba mis servicios de vaquero en el rancho del señor Morley, del que tal vez hayáis oído hablar.

—Así es, en efecto; conozco personalmente a ese rico propietario.

—A sus órdenes trabajaba yo a gusto y contento, sin más ambiciones ni esperanzas de las que puede abrigar un tosco *cow-boy* habituado a los más rudos trabajos...

»Pero esta mañana, serían las diez, el nuevo capataz de esa finca, que nos mandaba a todos con un despotismo y una dureza más propia de un guardián de presidiarios que de un hombre encargado de hacer trabajar a hombres honrados y laboriosos, tuvo la osadía de insultarme de una manera que mi dignidad y mi hombría de bien no podían tolerar.

»Le contesté con dureza, me amenazó llevándose la mano a su revólver, luego de declarar que me iba a matar como a un hijo de perra...

Jim Moore pasóse una mano por la sombría frente, y tras una breve pausa, añadió:

—No sé a ciencia cierta lo que entonces me pasó ni lo que hice... Sólo puedo recordar que le arrebaté a mi enemigo el arma de su propia mano y que luego caía al suelo como sin vida... ¿Lo maté? ¡No lo sé!

»El señor Morley me entregaba unos minutos después unos cuantos billetes importe de mi trabajo de

treinta días, y aún resuenan en mis oídos estas palabras:

»—¡Huye, Moore, huye pronto y lo más lejos posible, porque si el *sherif* Golbert te echa la zarpa encima, lo que has hecho, con razón, motivo y justicia, quizás lo pagues con tu propia vida!

»Nada más puedo decirlos, como no sea que ya no me queda en el bolsillo ni un solo centavo, por haber perdido todo el dinero jugando en Dodge Reg hace varias horas...

»Ahora que ya sabe usted quién soy y por qué hemos llegado a conocernos, ¿qué me aconseja?

—Antes de darle a usted un consejo, dígame si tiene familia... padres, hermanos que lo quieran y lo necesiten...

—Sí — respondió Moore —, tengo una madre y una hermana a quienes amo con todo mi corazón, pero están muy lejos, en Europa...

—Haga usted todo lo posible, el sacrificio más penoso, con tal de reunirse con esos seres tan queridos a su corazón...

»Es muy lamentable lo que le ocurre, pero no lo señala a usted con un estigma de infamia... ¡Quizás si no obedece usted mi consejo pronto, no transcurra mucho tiempo en que no se podrá decir lo mismo respecto de usted!

Extrañado el valiente *cow-boy*, frunció el ceño al oír un vaticinio de tan mal agüero, declarando con firmeza:

—¡Jamás dejaré de ser un hombre honrado!

Entonces el solitario personaje golpeóle amistosamente en el hombro y le dijo:

—¡El hombre propone y Dios dispone! Escúchame atentamente, muchacho. Eres un perseguido por la ley, y en tu mismo caso se en-



... la cuadrilla contemplaba la escena avidamente...



... lo encañonó decididamente con su revólver.

«encuentran muchos mozos de corazón valeroso y honrado y de carácter leal y noble... Tal vez en tus andanzas compruebes la certeza de mis palabras. Quiero decir que acaso mañana mismo conozcas otros hombres a quienes la justicia ha de ajustarles cuentas por un motivo u otro...

»Imaginemos que trabas relación con esos fugitivos, con esos perseguidos... Entonces ya dejarás de ser un hombre honrado porque cuando se juntan varios sujetos que temen la justicia, forman manadas tan execrables y peligrosas como los lobos...

»¿Comprendes? ¿Sí? Pues bien, para evitar este peligro, procura ir

BUSCANDO LA REVANCHA



... sus labios coincidieron en igual sonrisa...

Interpretada
por
**Buddy
Roosevelt,**
Richard Neill
y
**Robert
Homans**



... se hizo atrás en aquel mismo instante...

donde están tu madre y tu hermana, aunque se hallen en los últimos confines del mundo...

»¡Ahora retirémonos a descansar! ¡Tú lo necesitas y a mí se me cierran los párpados como si fuesen de plomo!

»Voy a enseñarte tu dormitorio. ¡Sígueme!

Sin pronunciar palabra, sombrío y pensativo, Jim Moore obedeció la invitación del dueño de aquella especie de caverna, la cual quizás siglos y siglos antes, en la remota edad en que las hombres vivían en guaridas semejantes a las que servían de refugio a las fieras, hizo las veces de habitación humana.

Un cuarto de hora después, nues-

tro viajero estiraba sus fatigados miembros sobre un montón de pieles, y dormía del modo más sose-

gado y tranquilo que pudiera hallarse en el vasto imperio del sueño...

III

—¡Oigo pasos en el pedregoso sendero que conduce a nuestra madriguera! ¡Salid a ver quién es!

Estas palabras las dirigía un hombre de unos treinta años, de corpulenta figura, cuyo labio superior lo adornaba un corto bigote negro, a un grupo de sujetos de sospechosa catadura.

Su mandato fué obedecido por uno de éstos; pero no habían transcurrido dos minutos cuando el emisario volvía a entrar en el amplio aposento donde se hallaba reunida tan peligrosa asamblea, seguido de Jim Moore.

Apenas lo vió el hombre del bigote negro le preguntó con acento autoritario:

—¿Quién eres? ¿Por qué te encuentras en este paraje?

—¿Y tú quién eres? ¿El amo tal vez de esta comarca?

—¡Sí, el amo! ¡Has adivinado! ¡Soy el amo absoluto de estos contornos! ¡Soy Raúl Pollok! ¿No has oído hablar nunca de mí?

Moore respondió con un gesto negativo de la cabeza y una sonrisa de desprecio.

Entonces añadió Pollok con voz fanfarrona y compasiva:

—Si no sabes quién te habla, si nunca has oído tampoco hablar de mí, no me extraña que no tiembles en presencia mía.

—¡Yo temblar ante la presencia de un hombre!—exclamó indigna-

do Moore—. Míreme bien la cara y se convencerá de que su propietario no tiene miedo nunca.

—¡Yo te lo haré conocer!—declaró Pollok con acento amenazador, acercándose a nuestro viajero.

—Te recomiendo que no des un paso con ese gesto y esa actitud de matamoros, porque en un abrir y cerrar de ojos el hombre que te habla te abrasará los sesos...

Siguió a estas palabras, pronunciadas con una fiereza y una energía asustadoras, un confuso murmullo de asombro.

El temible Pollok quedóse unos instantes desconcertado, pues jamás habría imaginado que alguien, delante de la pandilla de malsines y aventureros de que era jefe, se atreviese a desafiar su cólera.

Luego lanzó una sonora risotada, vociferando a continuación:

—¡Mil rayos!... ¡No ha nacido aún de entrañas de mujer el hombre que no se arrepienta de ponerse enfrente de mí en ademán de desafío! ¡Salgamos fuera, porque ardo en deseos de acribillarte a balazos, lengua larga!

Jim Moore no se hizo repetir dos veces esta invitación, y con una agilidad felina, retrocedió hacia la salida de la madriguera de los bandidos del desierto, sin apartar un instante sus relampagueantes ojos de su enemigo.

Este le siguió algo encorvada su

gigantesca estatura, y unos momentos después, los dos hombres se hablaban frente a frente.

—¡Cuando tú des la señal, empuñaremos los revólvers y uno de los dos quedará aquí patas arriba!

Raúl Pollok sentía su corazón invadido por esa cólera y ese vago temor que en los cobardes suele revestir a veces la apariencia de valor y de bravura.

Presentía que aquel odiado rival lo iba a vencer y exterminar. Sin duda se trataba de un temible *gun-man*, es decir, de un *cow-boy* sin igual en esgrimir con rapidez su arma de fuego y en dispararla sin errar jamás el blanco.

En tal caso podía considerarse hombre muerto.

—¡Contigo — declaró con su habitual voz campanuda y fanfarrona— quiero luchar cuchillo en mano!...

Esto diciendo, arrojó el revólver al suelo, y Jim Moore, que ya lo apuntaba con el suyo, a punto de hacer fuego, repuso:

—¡Acepto! ¡Por un milagro no se ve ya al través de tu cuerpo la luz del día, traspasado por una de mis balas! ¡Has retardado unos minutos tu fin, hediondo y cobarde coyote!

»¡Yo también tiro mi revólver! ¡Ea! ¡Acércate, alma mía, que la punta de mi cuchillo te abrirá en seguida una gatera en el cuello! ¿No has visto nunca degollar a un cerdo? ¡Ah, ah! ¡Poco más o menos, así acabarás tú!

Pollok, confiando en que su destreza en el manejo del cuchillo, unida a la mayor largura de sus brazos, le daría una victoria tan completa como rápida sobre su enemigo, se abalanzó sobre él rugiendo de cólera.

Pero Moore saltó a un lado y el golpe de su contrario falló. En cambio su afilada arma encontró la cadera del jefe de los aventureros.

—¡Ya te he mordido! ¡Pronto recibirás otra caricia mucho peor! ¡En el cuello! ¡Ah! ¿Retrocedes? ¿Tienes miedo?

Así era, en efecto; Pollok, lívido como un muerto y sintiendo un dolor agudo y creciente en la herida que acababa de infligirle su adversario, se apartaba de éste con el rostro convulso de terror.

—¡Me doy por vencido! — balbuceó—. ¡Perdón!

—¡Quizás no lo mereces! — replicó Jim Moore—. ¡Quizás haré un mal no librando al mundo de un cobarde y malvado de tu ralea!... ¡Pero no quiero cargar en mi conciencia con tu muerte! ¡No quiero, pues, matarte, ni tampoco perdonarte! Voy, por lo tanto, a imponerte el castigo de que te alejes de aquí como un perro vapuleado y miedoso...

»¡Eh! ¡Compadres! — gritó a los hombres que, agrupados a la entrada de su madriguera, habían contemplado la escena que describimos.

»El hombre que hasta hoy habéis temido y respetado, defendido y obedecido como jefe, me pide perdón... ¡Es un cobarde! No merece ser tratado como a un hombre... sino así, así...

Al mismo tiempo, con la mano abierta, golpeó varias veces la cara de Pollok, como si temiese hacerle excesivo daño, como si abofetearse a una mujer...

Una sonora risotada estalló entre la pandilla de facinerosos.

Jim Moore ordenó al vencido y espantado Pollok con voz de trueno:



... posaba en él atentamente su mirada...

— ¡Lárgate de aquí! ¡Pero antes entrega todo el dinero que lleves encima!

Obediente como un miserable esclavo al mandato de su amo, Pollok sacóse una abultada cartera, alargándosela a su domador...

Y como una fiera mira, entre temerosa y enfurecida a su domador, así miró al valeroso hijo del Oeste...

— ¡En marcha ahora, más que de prisa, antes que me arrepienta de haberte perdonado el pellejo! — dijo Moore.

Unos momentos después éste se hallaba, alabado y adulado, entre aquellos hombres perseguidos como él, pero no tan valientes y nobles como él, por la justicia, por delitos más odiosos.

— ¡Escuchadme! — les dijo —. ¡Voy a haceros una pregunta! Esta. ¿No desearíais todos que la ley os perdonase y reanudar la vida que llevabais antes de haceros culpables de un duro castigo?

Tan inesperada pregunta produjo en aquel pequeño cónclave de malsines un estupor profundo.

Uno de ellos respondió por fin:

— ¡Eso es imposible! ¡Eso es soñar! Si nos pillara el *sherif* Golbert la mayoría de nosotros, tardaríamos muchos días en respirar el aire sano y vivificante de la libertad...

— ¡Quizás tengo yo tanto o más motivo que vosotros para abrigar esos temores! Y, sin embargo, estoy decidido a presentarme en Boulder City al *sherif*... Si queréis acompañarme, casi estoy seguro de que todos juntos obtendríamos el perdón y podríamos vivir en lo venidero como hombres honrados.

Estas palabras fueron acogidas de muy diversa manera por la peligrosa banda, pues mientras algunos, la mayoría, se mostraron dispuestos a aceptar la proposición de Jim Moore, unos cuantos, seguramente los que tenían que rendir a la justicia cuentas más pesadas, la rechazaron, declarando que antes se entregarían al mismo diablo que al inflexible y severo *sherif* de aquella vastísima comarca.

IV

Dejemos transcurrir el día en que Jim Moore llevó a cabo la hazaña que hemos relatado y trasladémos la noche que lo siguió a la men-

cionada población de Boulder City.

En un *bar* de la misma sostenían una conversación dos personajes que desempeñan en el desarrollo de

esta corta y verídica historia un papel de cierta importancia.

Eran esos personajes el dueño del *bar*, un judío llamado Samuel, y una lindísima muchacha de unas veinte primaveras que, sentada a una mesa, tenía el uso de la palabra en el momento que la presentamos a nuestros lectores.

—¡Ya ve usted —decía— cuán insignificante y sencilla es mi vida!... La desventura que aquí he conocido y que me obliga a permanecer en su casa hasta Dios sabe cuándo, es el episodio más penoso y enojoso de mi existencia...

—¿De modo que aquel redomado bribón, el director de la compañía de que usted era cantante, se largó con el dinero, sin pagarles a ustedes un solo dólar?

—Exactamente. Nos jugó esa mala partida, y, sobre todo a mí, que carezco de ahorros, me hizo mucho daño...

—¡No se apure ni apene usted demasiado, Rosita! En mí tendrá usted un amigo leal, un protector generoso... En mi casa puede usted vivir con sosiego y tranquilidad el tiempo que le plazca, y si usted quisiera, si usted quisiera...

El israelita no se atrevió sin duda a revelar qué era lo que la guapa y lozana muchacha había de querer, siquiera los ojos de ella lo adivinasen en la expresión de su rostro, que ofrecía los rasgos peculiares de la raza a que pertenecía...

Y poniéndose en pie con presteza, declaró:

—¡Todavía no sé lo que haré ni lo que quiero en la apurada situación en que me hallo! Es muy tarde ya, y deseo retirarme a descansar... Mañana tal vez pueda contestarle a usted con seguridad y fir-



Pollok, ladrón de automóviles...

meza y decirle si me quedo o me marchó de Boulder City.

A media mañana del siguiente día, en las cercanías de esta ciudad ocurrió algo que había de unir a dos seres que en aquel instante ni siquiera se conocían...

Se hallaba apostado el *sherif* Golbert en cierto camino, acompañado de cuatro de sus delegados cuando vió llegar un tropel de jinetes. Intimóles el alto, pues el aspecto de aquéllos le infundió sospechas, y obedecida su orden, uno de aquéllos, o sea Jim Moore en persona, echó pie a tierra, acercándose.

—¿Quiénes son ustedes y de dónde vienen?—preguntó el *sherif*.

—¡Somos gente honrada y venimos a ponernos precisamente a la disposición del *sherif* de esta comarca!...

—Está usted hablando con él— declaró Golbert—. ¡Pero mis preguntas han quedado sin contestar! Decir que ustedes son honrados no es bastante... ¡Es preciso demostrarlo! Esos hombres me parecen algo sospechosos... Parecen más que personas honradas y habituadas al trabajo, una cuadrilla de aventureros y facinerosos... Quizás forman parte de cierta pandilla capitaneada por un tal Pollok...

—¡Acierta usted!—confesó Moore sonriendo.

Orgullosa y halagada de haber tenido tan certero instinto, Golbert exclamó:

—¿Sí, eh? ¡Entonces celebro que me haya usted ahorrado el trabajo de buscar y cazar en una redada a tantos tunantes y gallofos!

—¿Qué piensa usted hacer, *sherif*?

—¡Donosa pregunta! ¡Encarcelarlos a todos, cumpliendo mi deber!

—Desista usted de tan riguroso propósito... porque sin duda la cárcel de Boulder City es demasiado pequeña para alojar tantos presos y, además, la población se negaría a alimentarlos... Esos hombres *sherif*, son menos culpables de lo que usted imagina y están animados de las mejores intenciones... De lo contrario, guiados por mí, no habrían aceptado meterse ellos mismos en la boca del lobo... ¿No le parece a usted?

En efecto; las razonadas palabras de Jim Moore surtieron efecto.

El *sherif* meditó unos instantes y por fin declaró:

—Pronto sabré a qué atenerme, pues los vigilaré continuamente... Permanecerán en Boulder City trabajando, y tal vez acuda aquí el

malvado Pollok, a quien tengo ganas de echar el guante...

—¿De manera que nos permite a todos vivir en libertad?

—Condicionalmente, sin que nadie se largue de esta población, so pena de ser perseguido y capturado...

Con bulliciosa y alegre algazara los hombres que acompañaba Jim Moore, reanudaron la marcha hacia Boulder City. El *bar* en que se hallaba Rosita les sirvió de posada.

Entre la hermosa y desvalida artista y el bravo *cow-boy* establecióse desde el primer instante una simpatía tan irresistible, que ambos, cual si se conociesen de mucho tiempo y sus corazones los llenara un profundo afecto, se confiaron sus agobios y pesadumbres, sus esperanzas e ilusiones.

El *cow-boy* rogó a Rosita que se dirigiera a Dodge Reg para averiguar si el capataz con quien él *riñera* había sucumbido o curado de las heridas recibidas, a lo cual accedió la preciosa joven radiante de alegría.

Coincidió su marcha con la llegada a Boulder City de dos personajes. Uno era Pollok, que anhelaba la revancha, o sea el dinero que le arrebatara Moore. Y el otro era un emisario del *sherif* de Dodge Reg, quien enteró a Golbert del delito cometido por Jim Moore.

Este fué encarcelado, pero su encierro no duró más que tres días, hasta el regreso de la animosa y enamorada Rosita, que era portadora de un documento en el cual el herido perdonaba a su agresor.

Aquel documento llevaba la firma y el conforme de la autoridad de Dodge Reg, y Golbert no vaciló en acceder a lo que en el mismo se consignaba.

Recobró, pues, la libertad Jim Moore la misma mañana en que el fullero Spencer y el bandido Pollok ingresaban en la cárcel.

Y quien logró la revancha fué el fiero y bravo *cow-boy*, y además el premio del amor de Rosita, la primera mujer que su corazón ha-

bía querido. Ella disipaba todas sus preocupaciones y debía significar desde entonces para en adelante la única felicidad de su existencia.

Golbert fué el padrino de la boda de los dos felices amantes un mes después de los hechos que hemos relatado.

F I N

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

ASTUCIA RURAL

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla

15 cts. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 14. El crimen ignorado. |
| 2. Contra viento y marea. | 15. La ley del revólver. |
| 3. El valle del misterio. | 16. El «Guapo del rancho K.» |
| 4. El rey de los jinetes. | 17. Los falsificadores. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 18. Un novio con buenos puños. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 19. Veloz como el rayo. |
| 7. La ley del tortazo. | 20. Perdido en el desierto. |
| 8. El culpable. | 21. Los cuatreros. |
| 9. De señorito a vaquero. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 23. Por defender a una mujer. |
| 11. Ladrones de ganado. | 24. El fantasma del rancho. |
| 12. El valiente. | 25. De cara a la muerte. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | |

De venta en todos los quioscos y puestos de periódicos. Coleccione usted la más económica y la más interesante de las novelas semanales.

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica
Calle de Londres, 188 - BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI. — Rocafort, 225. — Barcelona